

nada había fijado. Era, pues, de temer que concluido el primer asunto surgiese el otro, y que continuara en la misma situación el país y viviendo sobre él las fuerzas del duque de Lorena. Mas antes que este asunto quedase concluido completamente se recibió en el imperio la noticia de otro acto brutal.

En el mes de diciembre un numeroso cuerpo de tropas del duque de Lorena y de Condé invadió el obispado de Lieja, diciendo que allí iban á tomar cuarteles de invierno. Excitaron á los habitantes, y á los potentados en particular, á abandonar al obispo, y provistos por los españoles de tropas y artillería sitiaron y tomaron algunas plazas fuertes y reducidas, donde encontraron resistencia. Era esto, en medio de la paz, una nueva invasión de territorio perteneciente al imperio, al cual pertenecían el obispado de Lieja y la circunscripción de Westfalia. Su obispo y soberano era un príncipe electoral alemán, Maximiliano Enrique de Colonia, príncipe de la casa de Baviera y primo del príncipe electoral reinante Fernando María de Baviera. No existía ni remotamente pretexto legal para justificar esta invasión brutal, que de hecho cambió, no obstante, toda la situación. Los soberanos alemanes comprendieron que era mas inminente que nunca el peligro de que el imperio entrase otra vez contra su voluntad en el laberinto de la guerra franco-española. Era, pues, necesario acudir con rapidez á conjurarle, porque si los dos aventureros partidarios de España se establecían sólidamente en el obispado alemán de Lieja, es decir, en el territorio del príncipe elector de Colonia, podía suceder también que la Francia por su parte no quisiera respetar la paz ni la neutralidad alemana. En efecto, el embajador francés en Regensburg declaró solemnemente que con la invasión española en Lieja se había faltado de hecho á la paz franco-alemana. Se concentraron tropas francesas, sin ser llamadas por el príncipe elector obispo de Colonia, para intervenir en Lieja y para mantener la paz de Westfalia; y no era posible prever hasta dónde podía conducir el choque.

El príncipe elector Maximiliano Enrique, que se hallaba entonces en Lieja, envió á todas partes mensajes impetrando enérgico auxilio; pero muy pocos tuvieron valor para acudir con fuerza material, y en el parlamento el emperador con su conducta ambigua impidió que se tomaran resoluciones serias.

Solo los colegas eclesiásticos del perjudicado, los príncipes electores de Maguncia y de Tréveris, enviaron muy pronto alguna fuerza armada á Lieja al auxilio del príncipe elector de Colonia; y entre los príncipes laicos solo se presentó para prestar auxilio material el elector Federico Guillermo de Brandeburgo.

Poco antes de este suceso se había verificado en la corte de Berlin el cambio de sistema político del cual hemos hablado antes y que colocó á la cabeza del gobierno al conde de Waldeck. La ocasión de la invasión de Lieja no podía ser mas propicia para determinar la posición que el Brandeburgo iba á tomar en el imperio, corriendo con decisión al socorro de otro soberano alemán atacado brutalmente por fuerzas extranjeras. El valor de esta resolución no perdió nada de su mérito é importancia porque el soberano de Brandeburgo temiera con razón que aquellos aventureros invasores alojaran también tropas suyas en el territorio de Cléveris, que le pertenecía. Federico Guillermo manifestó inmediatamente á su colega de Colonia que estaba dispuesto á auxiliarse con fuerza armada, y sin perder tiempo dió licencia para entrar al servicio del elector de Colonia, según éste había pedido, al general de artillería de Brandeburgo, Sparr, y comunicó la orden de marcha á un cuerpo de ochocientos hombres, y á las autoridades de Cléveris la de llamar

á las armas la población para estar preparada á entrar en campaña (1).

No debe medirse la importancia de esta conducta por el reducido número de las tropas auxiliares enviadas al socorro del elector de Colonia, ni por la eficacia material de estas medidas, porque fué grande el efecto moral que produjo sobre el parlamento. El elector de Brandeburgo era el único de los soberanos laicos protestantes que se atrevió á recoger el guante arrojado al imperio y á levantarse en favor de un colega católico, lo cual tuvo por consecuencia inmediata una aproximación íntima entre los dos príncipes electores. Esto podía dar lugar á una nueva organización de partidos, y en efecto el adversario católico del elector de Brandeburgo en el país rhiniano, el conde palatino Felipe Guillermo de Neuburg, temiendo que se le adelantara el de Brandeburgo con su conducta resuelta, se dió prisa á disponerse para acudir al auxilio de Lieja como magnate del imperio; los duques de Brunswick, hasta entonces vacilantes, decidieron enviar un cuerpo auxiliar al teatro de la guerra, y hasta el emperador no pudo excusarse ya de dar orden á las circunscripciones vecinas de reunir su fuerza armada (2).

Estas resoluciones, ya inmediatas, ya tardías, no llegaron á tener efecto, porque la complicación de Lieja quedó resuelta súbitamente y de la manera mas inesperada. En 25 de febrero de 1654 el archiduque Leopoldo Guillermo, gobernador español de Flandes, mandó prender al duque de Lorena, le encerró en la ciudadela de Amberes y le envió mas adelante á España, donde estuvo hasta que despues de la paz de los Pirineos, en 1659, recobró su libertad. Entretanto se encargó del mando de la tropa lorenesa el hermano del duque preso, el duque Francisco, que hasta entonces había vivido en la corte imperial de Viena.

No se saben todavía los motivos que tuvo el gobierno español para este acto súbito y decisivo. Acaso le era molesto el partidario aventurero, turbulento é inseguro, ó quizás se había hecho éste peligroso por sus negociaciones secretas con Francia; pero el resultado fué que su prisión contribuyó á sofocar muy pronto la contienda de Lieja. Por mediación de un embajador imperial se hizo un arreglo entre España y el príncipe elector de Colonia, conocido por el convenio de Tirlémont, que fué firmado en 17 de marzo de 1654. El obispado de Lieja fué evacuado inmediatamente por las tropas lorenesas y las francesas de Condé; se envió contraorden á los contingentes de auxilio que estaban en marcha desde Alemania, y el país fué declarado formalmente neutral con la promesa de indemnización á expensas del duque de Lorena (3). El gobierno francés se declaró conforme y retiró sus tropas (4). Poco tiempo despues fué también evacuado por las tropas lorenesas el castillo de Hammerstein, no sin emplearse la fuerza para conseguirlo, quedando así sofocada esta nueva contienda. Sin embargo, este caso había demostrado de nuevo que los miembros del imperio no podían asegurar su paz é independencia sino confiando en su propia fuerza y en su mutuo socorro; porque el peligro había desaparecido por el momento, pero la paz no estuvo asegurada formalmente en las fronteras occidentales del im-

(1) *Doc. y actas*, tomo VI, pág. 501.

(2) Kocher, tomo I, pág. 133.

(3) Este convenio se encuentra en la obra de Dumont: *Corps. univers.*, tomo VI, páginas 2 á 70, donde está también la confirmación del gobierno francés.

(4) Solo las tropas de Maguncia y de Tréveris parecen haber entrado en acción. Véase Crassier: *Recherches et dissertations sur l'hist. de la principauté de Liege*, pág. 436. Las tropas brandeburguesas, sacadas en parte de plazas distantes, habían llegado solo hasta Lippstein cuando se hizo la paz.

perio hasta que el tratado de los Pirineos puso término á la guerra franco-española.

Entretanto se habían hecho nuevas y muy notables tentativas para establecer relaciones entre los diversos partidos alemanes. Desde los primeros rudimentos de alianzas y federaciones entre los miembros del imperio hasta la liga de los príncipes rhinianos en 1651 y la alianza de Hildesheim del año siguiente, todos los potentados trataron de asegurar y fomentar sus intereses por medio de alianzas; en todas partes hubo negociaciones; las combinaciones se sucedieron, anulándose y cruzándose mutuamente ya con tendencias eclesiásticas, ya con miras políticas, encerrándose unas dentro de las tradiciones del imperio, otras excediéndolas echando la mirada al extranjero, á Francia, Holanda y también á España. Pero todos estos proyectos, originados por la necesidad del momento y calculados únicamente para responder á esta necesidad, fueron insignificantes comparados con los proyectos simultáneos brandeburgueses, que tuvieron verdadera importancia histórico-política.

En aquella situación angustiosa y complicada del imperio surgió por primera vez en la mente de un hombre de Estado alemán, el conde de Waldeck, la idea de que la misión histórica del Estado prusiano brandeburgués era elevarse combatiendo á la casa de Austria, que tanto abusaba de su dignidad imperial; ponerse á la cabeza de los magnates del imperio; tomar permanentemente la dirección política de los Estados, y sustituir la defectuosa é ineficaz constitución del imperio con una federación libre de los príncipes y ciudades de Alemania cuyo jefe nato había de ser el príncipe elector de Brandeburgo.

Ya hemos visto que por consejo del conde Waldeck el elector de Brandeburgo se había separado del partido y séquito del emperador y que en cambio se había aproximado á sus aliados naturales, que componían el partido protestante de los príncipes, cuya confianza y simpatías empezó á reconquistar.

Era menester avanzar por este camino, y á fines de diciembre de 1653 presentó el conde de Waldeck al elector el programa de su política alemana brandeburguesa. Este es uno de los documentos mas notables entre los muchos que escribió aquel ministro y en el cual, á pesar del lenguaje torpe de su época, se observan el entusiasmo y la convicción del autor.

El programa de que hablamos dice que en vista de la caducidad evidente de las instituciones del imperio, no podía sostenerse el Brandeburgo honrosamente y con el poder que le correspondía sino por medio de un sistema bien organizado de alianzas; pues todo lo que en los últimos siglos se había hecho verdaderamente grande en el imperio se había realizado por medio de alianzas, y hasta últimamente se había conseguido la paz de Westfalia únicamente por este mismo medio y solo con él podía conservarse esta paz.

Segun Waldeck, el Brandeburgo se hallaba mas que ningún otro Estado en la necesidad imprescindible de contraer alianzas, rodeado como estaba por todos lados de pretensiones hostiles y de adversarios codiciosos, desde Königsberg hasta Cléveris. Estos adversarios le envidiaban sus territorios y su dignidad, y muy particularmente los territorios eclesiásticos que había arrebatado al clero; y no le daban protección suficiente ni el imperio, ni el parlamento, ni el reglamento de los círculos, ni la junta de los príncipes electores, ni el tribunal del imperio, ni la paz de Westfalia; de modo que por todos lados se presentaban peligros, miserias y desgracias. Fuera de Dios, no se vislumbraba auxilio en ninguna parte, y como Dios obra generalmente valiéndose de medios

terrenales, resultaba que debían aprovecharse estos medios. El peligro estaba á la vista y un genio animoso no podía vivir así teniendo siempre que pedir merced y perdón. En su consecuencia, Waldeck consideraba de su deber aconsejar alianzas. ¿Era posible que no hubiera ya nadie que tuviera fe, confianza, honra, valor y fuerzas?

Así continuaba Waldeck diciendo que desde luego no había que buscar aliados del lado del emperador ni del partido católico; al contrario, había que buscarlos entre aquellos que se veían amenazados por los mismos peligros, que tenían el mismo interés y que defendían la religión protestante y la independencia de los príncipes alemanes. El soberano de Brandeburgo debía buscar la amistad de los potentados protestantes alemanes. En el parlamento ya se había principiado á entablar una inteligencia con ellos y había que seguir por esta senda. Dicho esto, traza el autor á grandes rasgos una liga de los príncipes protestantes. Aconsejaba excitar á los potentados protestantes mas poderosos á unirse. Por lo pronto, no podía contarse con los mas poderosos, como la Sajonia y el Palatinado electorales, pero podía el soberano brandeburgués entenderse con la Suecia por sus territorios alemanes, con el administrador de Magdeburgo, con el Hesse y con el Mecklenburgo. De acuerdo con estos había que atacar en el parlamento las extralimitaciones del partido del emperador y del bando católico. Debían también ponerse en movimiento los círculos ó circunscripciones del imperio, de los cuales el Estado de Brandeburgo formaba parte. Muchos de ellos, cuando no eran todos protestantes, entrarían en la unión si había voluntad firme y buena dirección; y si la Sajonia electoral, como era de suponer, no quisiera entrar en la unión, sería preciso entonces que se reconociese, nombrara y proclamase al príncipe elector de Brandeburgo jefe permanente de los demás aliados. Luego debían ser atraídos á la alianza los demás miembros protestantes menores y las ciudades libres mas importantes como Francfort, Hamburgo y Lubeck, y si era posible también las del Mediodía, como Estrasburgo, Nuremberg, Augsburgo y Regensburg. Si entonces ocurriera una ruptura, que era de desear que Dios no permitiese, se hallarían todos estos territorios, desde un mar al otro, sólidamente unidos, tendrían cubierta la espalda y en sus manos la mayor parte de las cuencas del Elba, del Oder y del Weser. Estas alianzas debían hacerse con el mayor sigilo y evitando todo reto á los adversarios, porque la base de la unión no debía ser la guerra, sino la paz real y verdadera. Era menester quitar á los que querían la guerra la esperanza de ganar algo en ella.

Así se expresa este primer proyecto, en el cual se conserva la idea fundamental de la unión de los Estados protestantes del imperio y en particular, por lo pronto, de los de la Alemania del Norte y del centro. Todavía van eslabonados hasta cierto punto en este documento los intereses eclesiásticos y los políticos, y por eso se ocupó entonces el gobierno de Berlin, si bien transitoriamente, en llevar adelante la idea de reclamar para el elector de Brandeburgo el cargo de director de los protestantes, es decir, la jefatura de los protestantes alemanes, quitándosela al elector de Sajonia. No obstante se vé que el punto de vista político prepondera en el proyecto, porque en éste no hay nada que negare el ingreso en la alianza á los magnates católicos; y tan pronto como se procedió á la realización del proyecto se declaró oficialmente que el príncipe elector de Brandeburgo estaba dispuesto á servir á todos los Estados del imperio sin diferencia de religión.

A los pocos dias de haber recibido el elector este proyecto dió orden de marchar á la fuerza armada para pasar á Lieja al auxilio del elector católico de Colonia. En otro dic-